

Jorge Portilla

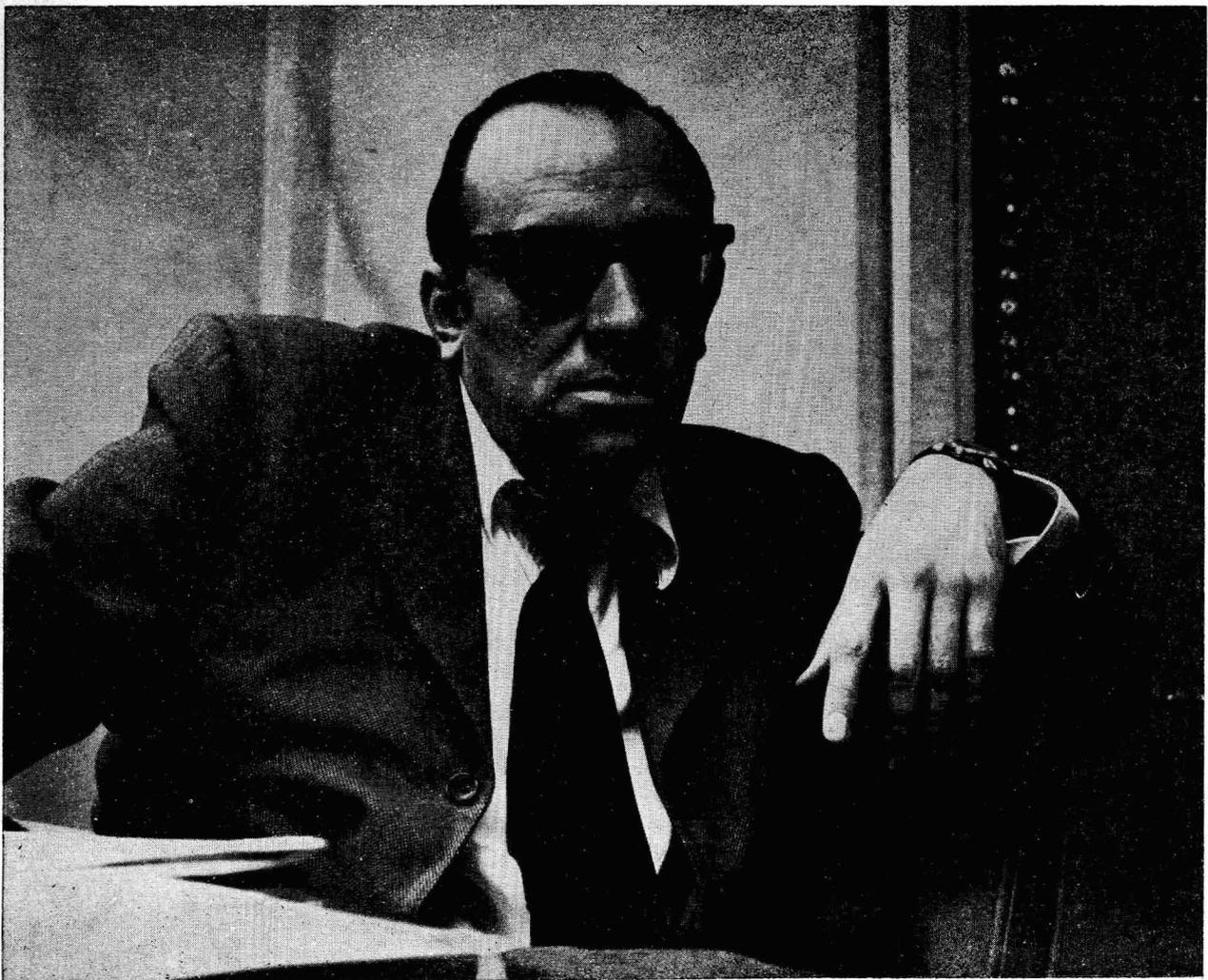
Por Víctor FLORES OLEA, Alejandro ROSSI y Luis VILLORO

Hacia el año de 1947, un grupo de filósofos empezaban a expresarse públicamente guiados por un propósito común: situar la filosofía en lo concreto. La lucubración metafísica, desdeñosa de la realidad social, la vacua invención de sistemas, la caza de personales "concepciones del mundo" conducía a la esterilidad. Otra tarea aguardaba a la filosofía: iluminar racionalmente la circunstancia histórica que nos toca vivir, esclarecer el mundo en torno, para comprendernos en él. La filosofía debía "salir a la calle", a mirar con sus propios ojos. Sus instrumentos conceptuales cobrarían nuevos significados, al aplicarse a la realidad que encontrarán. Sólo así, se pensaba, podría crearse una filosofía mexicana auténtica, nacida del esclarecimiento de la propia realidad. El grupo "Hiperión" creyó ver en esa tarea un programa generacional. Influidos por filosofías del compromiso con lo concreto —el existencialismo en todos ellos, un humanismo marxista en algunos— intentaron aplicar sus categorías a la dilucidación racional de la circunstancia mexicana. La historia social y cultural del país, sus expresiones espirituales, sus cotidianas formas de comportamiento y actitudes ante la vida suministraban el material del que partía la reflexión filosófica. Esta tendencia se expresa claramente en uno de los pensadores más lúcidos del grupo: Jorge Portilla.

El 18 de agosto de 1963, a los 45 años de edad, se truncó la vida de Jorge Portilla. Su presencia había sido una incitación permanente a la inquisición racional y un reto a buscar con sinceridad la verdad propia. La filosofía no fue para él asunto exclusivo de escuelas y academias sino una forma de vida que obligaba, a quien la abrazaba, a la dolorosa tarea de cuestionar

sin descanso el mundo cotidiano. Personalidad comunicativa, pensaba y padecía en el diálogo y, tal vez por ello, siempre sintió un tanto ajena la palabra escrita, que ponía el interlocutor a distancia. Sus publicaciones fueron escasas y se encuentran dispersas en periódicos y revistas; en muchas, se nota una sorda lucha del autor con las palabras inertes, afán de perforar el cerco de la prosa y tocar personalmente al lector, para recobrar el diálogo perdido.

En sus escritos se advierten influencias decisivas: la fenomenología, Sartre y, más tarde, un humanismo marxista vinieron a unirse, en su espíritu, a un catolicismo vivo que siempre se negó a pactar con cualquier forma de fariseísmo. Mas las doctrinas aprendidas eran instrumentos para ver mejor con ojos propios. Todos sus ensayos son expresión de una visión personal y libre de ese mundo oscuro y conflictivo que es aún el nuestro. Dirigida en gran medida a esclarecer aspectos característicos de la vida comunitaria de México, su reflexión respondía también a otra necesidad vital: arrojar alguna luz sobre una época que sentía desgarrada. Hombre de crisis, Portilla vivió en propia carne los conflictos espirituales y sociales de nuestro momento. Sus escritos reflejan una amplia gama de preocupaciones que convergen, sin embargo, en unos cuantos temas centrales, conflictivos. Su pensamiento procedía por intuiciones rápidas y ejemplos sugerentes: estilo propio del ensayista nato y no del filósofo académico. El ensayo libre, cruzado de ideas luminosas, permeado de pasión contenida, era su mejor medio de expresión. Y en ese género nos dejó páginas que habrán de recordarse.



Jorge Portilla: la filosofía como forma de vida